

## Oscar Sambrano Urdaneta\*

---

FERNANDO PAZ CASTILLO

Pocos escritores hay, entre nosotros, tan parecidos a su obra, como Oscar Sambrano Urdaneta. Ni orgulloso ni humilde. Ni regional ni indiferente a las características del solar nativo. Curioso por lo extraño y sin embargo fiel a lo propio. Intelectual porque creció entre libros y jardinero, por vocación y porque nació en Boconó. En aquel Boconó de la tercera década del siglo, cuyo paisaje inmediato estaba rodeado de árboles familiares y de azules lejanos.

Lo conocí por el año de 1949, en uno de mis viajes a Caracas —entonces vivía en Quito—, y en sitio también rodeado de árboles abribeños, porque fue entonces que hubo el encuentro, y en la casa, o mejor en la biblioteca, tan apretada de cosas nuestras, de Pedro Grases.

A la sazón preparaba yo el prólogo para el tomo *Poesías de las Obras Completas* de Don Andrés Bello. Y los datos, raros entonces, que necesitaba, me los suministró Sambrano Urdaneta, con conocimiento y delicadeza, cosa que le era muy propia.

Para la fecha, aunque muy joven, ya Sambrano tenía buen nombre entre las personas que se ocupaban de estas cosas.

---

\* Por considerar que recoge un aspecto fundamental de nuestro homenajeado, reproducimos este artículo, publicado en *El Nacional*, el 19-11-77.

Y desde este momento comenzó mi amistad con el escritor y con el hombre. Por aquellos años cada vez que venía a Caracas lo encontraba, y acaso no de modo casual, por los alrededores del Ministerio de Educación o de la Biblioteca Nacional, bien con José Ramón Medina, director de la bella colección "El Espejo y la Nube", ya con Escalona-Escalona, Rafael Angel Insausti, Orlando Araujo, Pedro Pablo Paredes, y, un poco más tarde, con Efraín Subero.

Un grupo de jóvenes que cultivaban la poesía con fervor y la crítica con devoción.

Luego mi amistad con Sambrano se hizo más íntima. Visité su casa por los avileños alrededores del Este y pude penetrar, con verdadero regocijo, el espíritu familiar de este joven intelectual rodeado de afectos. Y entonces, con gran sorpresa para mí, y mayor regocijo de Efraín Subero, le oí cantar, con adecuada voz, un polo margariteño. Allí se encontraban como es natural, cada uno mostrando su habilidad, algunos de los nombres ya mencionados, y otros de parecidas aficiones, ya todos con obras celebradas. Sambrano aparecía, no obstante sus momentos de regocijo, con aire de maestro. Sin duda ya había encontrado, o mejor afirmado, su vocación.

En 1959 aparece en la *Biblioteca Trujillana de Cultura* el volumen **Letras Venezolanas**. Una selección de artículos, de mucho interés por cuanto a crítica se refiere. Encaminados éstos al estudio de autores venezolanos de diferentes épocas. Comienza con un ensayo dedicado a Bello, 1953, y el propósito principal de este estudio es mostrar que don Andrés, tan caraqueño y tan escolástico, usa hermosas y originales metáforas, no sólo por gala de estilo, a lo que era, como buen neoclásico muy aficionado, sino, bien claro se ve, para hacer sentir al venezolano cultó, asaz indiferente a la sazón, sobre el particular, la importancia, para la vida nacional del trabajo del campo. Empeño que logró, pues no ha habido nadie, desde entonces que al pensar en el cacao, no recuerde, consciente o subconscientemente la "urna de coral"; ni que al nombrar el algodón no recuerde el "vellón de nieve".

Esto es, que como buen agricultor —porque Bello fue un poeta agricultor—, sembró por los surcos del espíritu, en hora propicia, sus admirables metáforas, que de gran provecho han sido, tanto en el campo nuestro, como en nuestra poesía.

Este volumen trata de diferentes épocas y principales personalidades, como por ejemplo, Lisandro Alvarado, Jesús Semprum, José Rafael Pocaterra, Arturo Uslar Pietri, Joaquín Gabaldón Márquez, Luis Beltrán Guerrero y Alfredo Armas Alfonzo. Por lo que es fiel testi-

monio de que el autor ha recorrido con serenidad y con sabiduría un ancho espacio por el campo de nuestra literatura.

Y, efectivamente en el ensayo titulado "Meditaciones sobre crítica Literaria", escrito en 1953, expone los principios que, según su criterio, deben regir la crítica y, de consiguiente, la suya propia. Y en este caso creo que está bien justificado el ripio.

En efecto dice: "La crítica literaria consiste fundamentalmente en analizar los valores y defectos de una obra de carácter literario, con el objeto de llegar a un juicio".

Pide el análisis por sobre todas las cosas. Pero, lo entiendo así por la naturaleza de sus escritos: el análisis partiendo de la emoción. Porque, aun cuando haya muchos que piensan lo contrario, no hay crítica efectiva sin creación.

Nadie puede acercarse a una obra, con propósito de criticarla o mejor de examinarla, si no hay algo que lo acerca a ella, aun cuando encuentre que abunda en defectos. El buen crítico los apunta sin exagerarlos, y por otro lado, si lo merecen, señala las cualidades.

La crítica destructiva, es un vicio; la crítica parcial una calamidad. A este respecto es bueno el siguiente consejo de Oscar Sambrano Urdaneta, en el mismo ensayo a que me refiero:

"Para criticar una obra es necesario comprenderla, recrearla, esto es andar y desandar el itinerario seguido por su autor, revivir los impulsos emotivos e intelectuales que engendraron su creación".

Lo que dicho de otro modo puede expresarse en la siguiente forma. La buena crítica de una creación literaria, es otra creación. Es, en una palabra, lo que el crítico ha construido siguiendo las huellas del criticado, con su propia imaginación, de novelista, si se trata de novela, de ensayista, si se trata de ensayo, y de poeta, si por entre la fecunda poesía, presente en toda buena obra, encamina sus pasos.

Sea ejemplo de lo dicho, el siguiente párrafo consagrado a Yepes, en relación, con los novelistas, nuestros aparecidos desde 1837: "Mientras Toro, por ejemplo, situaba en Londres la acción de su novela **Los Mártires**. Yepes intentaba extraer lo que a juicio de la época constituía lo más característico y pintoresco del mundo americano: sus habitantes indígenas con su organización social, sus exóticas lenguas y el novedoso paisaje en donde aquellos amaban, luchaban y morían".

Sabe bien Sambrano Urdaneta que Yepes es un poeta romántico. Y esto le permitió el hallazgo, porque, yo lo he dicho, lo indíge-

na viene a ser, después de Yepes, para nuestros románticos, lo mismo que lo morisco para los románticos europeos, y muy especialmente para los españoles, o los que de uno u otro modo han recibido, por contacto directo o por herencia, influencia española.

En fin, creo que Sambrano mucho tuvo que andar el campo de nuestra novela, o de nuestras novelas del siglo XIX, para llegar, con tanta certeza, a tan feliz conclusión.

Todo lo anteriormente anotado demuestra que Oscar Sambrano Urdaneta, en su crítica, es fiel al concepto que de ella tiene. Y el cual puede resumirse en estas palabras: interés y ecuanimidad.